

INSPIRADA EN UNA HISTORIA REAL

A  
♥

**21**  
**BLACKJACK**

NECESITABA DINERO PARA  
LA UNIVERSIDAD Y ENCONTRÓ  
LA OPORTUNIDAD DE SU VIDA

**BEN MEZRIC**

Historia basada en supuestos hechos reales en la que se relatan las aventuras de un grupo de estudiantes del MIT que, mediante un sofisticado método de conteo de cartas, se hicieron ricos jugando en timbas ilegales y en casinos, en mesas de blackjack de Las Vegas y otros casinos de Estados Unidos y el Caribe.

## Agradecimiento

Mi más sincero agradecimiento a Dominick Anfuso y Leslie Meredith, mis espectaculares editores de Simón & Schuster. Gracias también a Dorothy Robinson por ayudarme a superar todo el proceso editorial. Estoy en deuda con David Vigliano, mi magnífico agente, así como con Mike Harriot y Jason Sholl, de la agencia Vig's. Gracias a Brian Lipson, de Endeavor, por encabezar el proyecto en Hollywood, y a Jay Sanders, de Eagle Cove Entertainment, por entender a la perfección de qué trata esta obra.

Además, este libro no se habría hecho realidad sin el increíble apoyo y la gran experiencia de mis amigos contadores de cartas de Boston. Gracias por descubrirme un lado de Las Vegas al que la mayor parte de la gente no puede acceder.

Como siempre, agradezco a mis padres y a mis hermanos su apoyo incondicional. Y a Tonya Chen. Preciosa, brillas como el neón en mis ojos.

## Uno

Eran las tres y diez de la madrugada: a juzgar por su aspecto, Kevin Lewis estaba a punto de perder el conocimiento. Tenía delante tres copas de Martini vacías y se apoyaba con los codos sobre la mesa, mirando fijamente las cartas que tenía en la mano. El crupier aún no había perdido la paciencia, por deferencia al montón de fichas moradas que había delante de las copas de Martini. Pero los otros jugadores empezaban a ponerse nerviosos. Querían que el chico hiciera su apuesta de una vez o que lo dejara por esa noche, cogiera la bolsa de deporte que tenía bajo la silla y volviera a Boston. ¿Acaso no había ganado ya bastante? ¿Qué demonios iba a hacer un estudiante universitario con treinta mil dólares?

Finalmente el crupier, percibiendo la impaciencia, dio un golpecito en el mazo de cartas y dijo:

—Tú decides, Kevin. Has tenido una racha fabulosa. ¿Vas a jugar otra partida?

Kevin intentó ocultar el temblor de sus manos. En realidad, no se llamaba Kevin; y no estaba ni siquiera un poco borracho. Tenía las mejillas coloradas porque se las había maquillado en la habitación del hotel. Y, aunque treinta mil dólares en fichas eran una cantidad suficiente para que le temblaran las manos, con eso no iba a impresionar a los que sí que sabían quién era en realidad. A ellos les interesaría mucho más la bolsa que tenía debajo de la silla.

Kevin respiró hondo para tranquilizarse. Lo había hecho centenares de veces y no había motivo alguno para pensar que esa noche sería distinto.

Cogió tres fichas de quinientos dólares y luego miró a su alrededor, como si estuviera buscando a la camarera. Con el rabillo del ojo, vio a su «observadora»: era pelirroja, bonita, llevaba una blusa escotada y exceso de maquillaje. Nadie se hubiera imaginado nunca que era ingeniera mecánica por el Massachusetts Institute of Technology (MIT) y que ahora estudiaba empresariales en la Harvard Business School. Estaba lo bastante cerca de la mesa para ver cómo se desarrollaba el juego, pero lo suficientemente lejos para no despertar sospechas. Kevin la miró y esperó la señal. Si doblaba el brazo derecho, le estaría diciendo que doblara la apuesta. En caso de que cruzara los brazos, pondría en el círculo de apuestas casi todas sus fichas. Si mantenía los brazos a ambos lado del cuerpo, haría la apuesta mínima.

Pero no hizo ninguno de esos gestos: se pasó la mano derecha por el pelo.

Kevin la miró con atención para asegurarse de que lo había entendido bien. Luego empezó a recoger sus fichas a toda velocidad.

—Por hoy ya es suficiente —comunicó a la mesa, arrastrando las palabras—. No debería haberme tomado el último Martini.

La procesión iba por dentro. Volvió a mirar a su observadora. Aún se pasaba la mano por el pelo pelirrojo. «¡Dios!». En seis meses, Kevin nunca había visto a nadie hacer esa señal. No tenía nada que ver ni con las cartas ni con el preciso recuento que le había llevado a ganar treinta mil dólares en menos de una hora.

Una mano en el pelo sólo podía significar una cosa: «Sal. Muévete. ¡Inmediatamente!».

Kevin se colocó la bolsa en el hombro y, como pudo, se fue metiendo las fichas moradas en los bolsillos.

El crupier le observaba atentamente.

—¿Seguro que no quiere que se las cambie por fichas de mayor valor?

Tal vez el hombre había notado que algo andaba mal. Kevin estaba a punto de darle una propina cuando vio a los hombres trajeados. Eran tres y ya estaban en la mesa de dados de al lado. Grandes, corpulentos y con cara de pocos amigos. «No hay tiempo para cordialidades».

—No hace falta —respondió Kevin, alejándose de la mesa—. Me gusta notarlas en los bolsillos.

Se dio la vuelta y empezó a correr por el casino. Sabía que le estaban observando desde arriba: los ojos celestiales... Pero dudaba que fueran a montar una escena. Sólo trataban de proteger su dinero. Aun así, no quería correr ningún riesgo. Si esos hombres le pillaban... bueno, todo el mundo había oído alguna de esas historias. Cuartos de atrás. Tácticas de intimidación. A veces incluso violencia. Por mucho que la maquillaran, en el fondo Las Vegas seguía siendo Las Vegas.

Esa noche Kevin tuvo suerte. Salió sin problemas y se sumó al constante ir y venir de turistas que paseaban bajo las luces centelleantes de la avenida principal de Las Vegas, el Strip. Un minuto después estaba al otro lado de la calle, sentado en el banco de una parada de taxis. Tenía la bolsa de deporte sobre el regazo.

La pelirroja se dejó caer a su lado y se encendió un cigarrillo. Le temblaban las manos.

—Mierda, nos hemos salvado por poco. Han salido directamente de los ascensores. Seguro que te han estado observando todo el rato desde arriba.

Kevin asintió con la cabeza. Respiraba con dificultad. Tenía el pecho empapado en sudor. Era la mejor sensación del mundo.

—¿Crees que deberíamos dejarlo por hoy? —preguntó la chica.

—Vayamos al Stardust —respondió Kevin sonriendo—. Ahí aún les gusta mi cara.

Cogió la bolsa con las dos manos para notar los fajos de billetes. Un poco más de un millón de dólares, todo en bi-

lletes de cien: su dinero para apostar, suministrado parcialmente por los misteriosos inversores que le habían reclutado hacía seis meses.

Se había entrenado en casinos de prueba, montados en pisos destartados, almacenes abandonados e incluso en las aulas del MIT. Después le habían soltado en el Strip de Las Vegas.

La mayoría de sus amigos estaba en la universidad, haciendo exámenes, bebiendo cerveza, discutiendo sobre béisbol. Él estaba en Las Vegas, pegándose la gran vida con un millón de dólares de otra persona. Tarde o temprano, todo podía venirse abajo, pero a Kevin le traía sin cuidado.

Él no había inventado el Sistema. Él no era más que uno de los pocos afortunados lo bastante listos como para sacarle provecho...

# Dos

## Boston, hoy en día

Veinticinco mil dólares en billetes de cien, enrollados en los muslos. Cincuenta mil dólares, en una bolsa de velero pegada al pecho con cinta adhesiva. Cincuenta mil más, metidos en los bolsillos de la chaqueta. Cien mil, acomodados en la región lumbar.

Me sentía como un híbrido entre un muñeco Michelin y un traficante de drogas. Abultado y nervioso, crucé la puerta giratoria y entré en el aeropuerto Logan. El aire acondicionado me dio una bofetada en la cara que me obligó a parar un momento para reorientarme. La terminal B estaba llena de universitarios que volvían a casa para pasar el largo fin de semana del Memorial Day: mochilas, tejanos anchos, gorras de béisbol, bolsas deportivas... Todo el mundo se movía de un lugar para otro al mismo tiempo, la danza no sincronizada de un aeropuerto estadounidense contemporáneo. Respiré hondo y me sumergí en el ir y venir de gente.

Me esforzaba por mantener la mirada baja, observando cómo se desplazaban mis mocasines oscuros por las baldosas. «Actúa con normalidad, piensa con normalidad, aparenta normalidad»... Intentaba no pensar en el nuevo BMW pegado a mi espalda. Intentaba no pensar en la entrada para un apartamento de dos habitaciones que llevaba en los bolsillos. Me concentré en parecerme al resto de la gente; quizá no era un joven universitario, pero podía pasar por un estudiante de posgrado, un profesor asociado, el her-



mano mayor que va al aeropuerto para ayudar con el equipaje. Una parte más de la algarabía general, un simple dato estadístico en el informe semanal del aeropuerto. «Actúa con normalidad, piensa con normalidad, aparenta normalidad...».

De repente, se levantó ante mí la versión moderna de Stonehenge: dos enormes detectores de metales flanqueados por unas cintas transportadoras que introducían una maleta tras otra dentro de una caja metálica de rayos X. Se me disparó el pulso y comprobé mentalmente que todo estuviera en su sitio. No me sobresalían billetes de las mangas, no se vislumbraban trocitos de color verde a través de los botones de mi camisa. Me puse en la cola detrás de una chica guapa y morena que llevaba unos pantalones de cintura baja; incluso me ofrecí a levantarle una enorme maleta para ponerla en la cinta. «Actúa con normalidad, piensa con normalidad, aparenta normalidad...».

—Siguiente —me indicó una mujer afroamericana alta, vestida con el uniforme gris del aeropuerto Logan.

La mujer llevaba una etiqueta identificativa en la solapa derecha, pero no pude descifrar qué decía por culpa del sudor que me empañaba los ojos. Parpadeé rápidamente, pero con normalidad, y pasé por la incorpórea puerta. Los rayos invisibles me seccionaron y diseccionaron en busca de metales. Justo cuando empezaba a respirar de nuevo, se oyó un agudo silbido metálico. Me quedé paralizado.

La mujer de uniforme me indicó que retrocediera:

—Sáquese de los bolsillos cualquier objeto metálico y vuelva a intentarlo.

Se me hizo un nudo en el estómago. Instintivamente me toqué los bultos que tenía debajo de la chaqueta. Sobre los fajos de billetes de cien, noté que había algo parecido a un enorme supositorio.

«Mierda. Me he olvidado del teléfono móvil».

Los dedos me temblaban mientras torpemente buscaba mi Nokia. Sentía los ojos de la mujer de uniforme observán-

dome. Si me pedía que me quitara la chaqueta, estaba acabado. Vería los bultos y se armaría la de Dios. Me había pasado los últimos seis meses estudiando casos de introducción de fortunas no declaradas por los controles de seguridad de los aeropuertos y lo sabía todo sobre derecho de aduanas.

Los agentes de seguridad pueden retenerte durante cuarenta y ocho horas. Te llevan a una habitación sin ventanas y a veces te esposan a una silla. Llamen a los agentes del FBI y a la Agencia Antidroga. Te confiscan el dinero y a veces ni siquiera te dan un recibo. Para recuperarlo, harán falta abogados, cartas y comparecencias ante el juez. Tal vez seis meses, tal vez un año. Mientras tanto, los inspectores de Hacienda te azotarán como una plaga de langostas trajeadas. Tú serás quien deberá demostrar que no ibas a canjear el dinero por pequeñas bolsas de fino polvo blanco. Porque para los agentes de aduanas, el dinero huele como la cocaína. Sobre todo los billetes de cien. Leí en alguna parte que el 95 por 100 de los billetes de cien en circulación tienen pequeños rastros de cocaína incrustados en sus fibras. Eso significa que los perros adiestrados de las aduanas pueden detectar a un jugador profesional de Blackjack más rápido que a una «mula». Para los perros —y los agentes de aduanas— ambos huelen igual.

Al darle el móvil a la mujer, sentía tanto miedo que tenía la espalda empapada en sudor. La mujer lo examinó como si nunca hubiera visto un móvil. Lo miró por uno y otro lado, y luego me lo devolvió. Detrás de mí, un chico con una camiseta desteñida intentaba poner una planta en la cinta transportadora. La mujer de uniforme puso los ojos en blanco. Y entonces, afortunadamente, me indicó que avanzara:

—Puede pasar. Que tenga un feliz vuelo.

Apenas podía respirar mientras me dirigía a tropicónes hacia la puerta de mi vuelo: America West, número 69; de Boston a Las Vegas sin escalas, el expreso del viernes

por la noche. Ya se había formado una cola delante de la puerta de embarque: escandalosos, bebidos, manifiestamente ansiosos, la mayoría hombres. Kevin Lewis estaba esperando tranquilamente al final de la cola. Le localicé inmediatamente. Alto, atlético, pero un poco cargado de espaldas. Ojos negros, rostro ancho y de aspecto juvenil bajo una mata oscura de pelo. Tenía unos rasgos un tanto étnicos, pero aparte de eso indefinidos. Sus raíces podían ser tanto asiáticas como hispanas, incluso italianas o rusas. Como yo, era mayor que todos los universitarios que iban en el mismo vuelo, pero él pasaba totalmente desapercibido. Igual podía tener veintiún años como veintiséis o treinta y cinco. Con una chaqueta tejana y una gorra de béisbol, pasaba perfectamente por un estudiante de la Universidad de Boston. Con traje y corbata, no desentonaría en Wall Street. En ese momento, llevaba una sudadera del MIT y unos pantalones cortos. El clásico prototipo del MIT, la encarnación perfecta del sueño de sus padres.

Vio que tenía las mejillas coloradas y sonrió:

—Así es como me sentía yo entonces. Todos los días.

Esos aires jactanciosos se contradecían con la timidez que se desprendía de su postura. En muchos sentidos, Kevin era ciertamente el prototipo clásico del MIT. Su currículo era perfecto: un prodigio de las matemáticas que se había graduado como uno de los primeros de la clase en Exeter, la exclusiva academia de educación secundaria de New Hampshire. Un estudiante de ingeniería eléctrica con una afinidad increíble por los números, un chico de sobresaliente que cumplía todos los requisitos para entrar en una gran universidad, en parte para complacer a su padre, en parte porque el desafío le estimulaba.

Pero el currículo de Kevin sólo explicaba una parte de la historia. Su vida ocultaba otra faceta, escrita en señales fluorescentes y fichas de casino de color morado.

En Boston se había dedicado a sacar sobresalientes en el MIT.

En Las Vegas se había ido de fiesta con Michael Jordan, Howard Stern, Dennis Rodman y Kevin Costner. Había salido con una animadora de Los Angeles Rams y se había emborrachado con chicas Playboy. En Louisiana le habían echado a patadas de un barco y había presenciado cómo le hacían lo mismo a un compañero de equipo en un casino de Las Vegas. Por poco no había terminado en una cárcel de las Bahamas. Había tenido que pasar por varias inspecciones de Hacienda, había sido perseguido por investigadores privados, y hombres de dudosa reputación y con pistolas en la cintura habían hecho circular su fotografía por todo el mundo.

Por el camino, había acumulado una pequeña fortuna, que guardaba en un armario de su habitación en ordenados fajos de billetes de cien. Aunque nadie sabía a ciencia cierta cuánto dinero había ganado, se rumoreaba que era una cantidad entre un millón y cinco millones de dólares. Todos eran totalmente legales y ninguno había salido de su perfecto y prototípico currículum.

Tímido, introvertido, afable, Kevin Lewis había llevado una doble vida durante casi cuatro años. Ahora yo iba a contar su historia.

—Empieza a picarme el pecho —fue lo único que supe decir como saludo—. Tiene que haber una manera más fácil de llevar el dinero.

—Por supuesto —dijo, sonriendo y ladeando la cabeza —: paraguas falsos, ordenadores portátiles de juguete, escayolas, muletas huecas... Pasamos por la fase de los artilugios. Ya sabes, chismes a lo James Bond. Pero ante el FBI resulta mucho más difícil justificar unas muletas huecas que una tira de velero.

Si no hubiera llevado doscientos cincuenta mil dólares pegados al cuerpo, habría pensado que bromeaba, pero Kevin hablaba totalmente en serio. Estaba cumpliendo con su parte del trato: me desvelaba los secretos a los que na-

die, a excepción de los miembros del grupo, había tenido acceso.

Había conocido a Kevin Lewis hacía siete años, en un bar de Boston. Yo me había licenciado en Harvard unos años antes de que él dejara el MIT, y teníamos algunos amigos comunes, además de compartir algunas aficiones: el deporte, salir por los bares universitarios, las teles panorámicas. Cuando nos presentaron, yo era un escritor novel a punto de publicar su primer libro. Por lo que sabía, Kevin trabajaba en alguna empresa informática, algo que no me había explicado nunca en detalle, seguramente porque a mí no me interesaba tanto como para preguntárselo.

Kevin parecía el típico estudiante del MIT: un verdadero ingeniero. En los años siguientes, cuando yo empezaba a progresar como escritor, nos vimos en pocas ocasiones. Habían pasado casi seis años cuando nos encontramos por casualidad en una fiesta de la Super Bowl que se celebraba en un piso situado en la zona de Fenway Park. Kevin acababa de regresar de un viaje de «negocios» a Las Vegas. Durante el descanso del partido, lo encontré solo en la cocina. Tras intercambiar las cortesías de rigor, me sorprendió bajando la voz y haciéndome señas para que me acercara:

—Tengo una gran historia para tu siguiente libro —me dijo.

Inmediatamente me entraron ganas de salir corriendo. Como cualquier escritor, había oído esa frase más de mil veces. Todo el mundo tenía una historia que iba a convertirse en un libro de gran éxito; para mí, pocas veces la realidad era lo suficientemente interesante como para ocupar el lugar de la ficción.

Pero cuando Kevin empezó a contarme su historia, a mí se me puso la carne de gallina. A diferencia de las miles de historias que me habían relatado durante una fiesta cualquiera, el relato de Kevin contaba con todos los ingredientes de una buenísima y cinematográfica novela de suspense, pero además la historia era real. Todo lo que Kevin me

estaba contando había pasado de verdad. Lo había vivido, cada momento, y estaba dispuesto a que yo lo pusiera todo en papel.

—¿Por qué? —le pregunté, con cara de asombro.

Kevin nunca respondió la pregunta directamente. Con el tiempo, he intentado juntar las distintas piezas para encontrar una respuesta por mi cuenta.

Kevin había participado en algo increíble. Él y sus amigos salieron inmunes de una de las mayores confabulaciones en la historia de Las Vegas, y nadie sabía absolutamente nada al respecto. Contar la historia era su manera de revivir la experiencia en la arena pública. Para él era una manera de demostrarse a sí mismo, y a cualquiera que le importara, que había ocurrido de verdad.

Más que eso, para Kevin era una manera de asumir las opciones que había elegido, las decisiones que le habían llevado a vivir una doble vida. Muchas de esas decisiones podían parecer inmorales a los ojos de un observador externo. Contando su historia, Kevin tenía la oportunidad de explicarse ante aquellos que pensaban que lo que hizo no estaba bien.

Dicho de otro modo, contaba su historia en parte para jactarse de ello y en parte para confesarse. Para mí, era una historia demasiado buena como para dejarla pasar.

Cuando se reanudó el partido en la habitación de al lado, Kevin me hizo una propuesta. Él se comprometía a contármelo todo y a darme acceso a sus contactos y su vida. Me prometió que me enseñaría cómo funcionaba su sistema y que me daría la llave para abrir las arcas de los casinos.

A cambio, yo le daría su momento de gloria.

Cuanto más ahondaba en la doble vida de Kevin, más claro estaba que yo era el que más partido sacaba de ese trato. Cuando finalmente me senté a poner en papel y tinta la historia de Kevin, todo lo que me había contado me pa-

só ante los ojos en vivos y centelleantes colores, como los de una marquesina de Las Vegas...